



Responsabilidad y protección

Todo nos da la impresión de que en este envilecido reino de España hay dos Gobiernos: uno, el que da la cara, y el otro, el que la vuelve y maneja el colar. Un Gobierno que podríamos llamar público—o semipúblico—, y otro privado—o semiprivado—y áulico o secreto. Porque el secreto es el resorte del reino. Sólo que se les ve las manos a Maese Pedro y Compañía. Y ese Gobierno secreto y semiprivado es el que lleva las dos guerras civiles: la de Marruecos y la de aquí, la de España.

Todo nos da la impresión de que esos salvajes atentados de los pistoleros, sean de la banda gubernamental, sean de la otra, son alentados y sugeridos por el Gobierno secreto para que la guerra esa no se acabe. Así como desde hace tiempo las huelgas son provocadas por los patronos para deshacer las asociaciones obreras, abolir lo de la jornada de ocho horas y lograr otros objetivos. No es que se pida la represión para contener los salvajes desmanes de unos y otros pistoleros: es que se provoca éstos para traer la represión. La represión no es el medio, es el fin.

Todo nos da la impresión de que ese ataque de los moros a la posición de Tizzi-Assa ha sido provocado para que no cese la sangría de Marruecos y para justificar un nuevo avance sobre Alhucemas, en desquite de lo de julio de 1921. Y para desbaratar las gestiones pacificadoras del ministro de Estado, contra quien está el Gobierno áulico, semiprivado, semisecreto y cesariano. No le perdonan lo del rescate de los cautivos de Annual por vía civil y pacífica. Y hay que impedir a todo trance que con un pacto como ese que se anunciaba para con el Raisuni se reconociera de hecho la independencia de la morisma, a la que se dice que se va a proteger. Proteger, ¿de quién?

¡Protección! Es una vergüenza que en este envilecido reino de España ande tanta gente dando vueltas y volteretas en derredor de esa palabra, que es hoy la cifra del engaño. Porque esa palabra no quiere decir nada en boca de los que la emplean, y ellos saben que no quiere decir. Vivimos en el régimen de la mentira. Y hay dos palabras en que la mentira se condensa, y son: responsabilidad y protección.

La prensa, en general, da asco. Todo se le vuelve pedir que se defina la protección, cuando sabe que es indefinible, que no es sino una mentira, que no se va a semejar protección. Como es otra mentira lo del mandato internacional. No hay tal mandato. No se le puede mandar a España semejante cosa. El compromiso es otro, y no es nacional. La nación no está comprometida a nada. Ni está comprometido su honor, como dicen los botarates, en semejante empresa. La dignidad de la nación estriba en no vivir de mentiras.

«Aquí hace falta...» Y cada cual trae su remedio. Pero aquí, ante todo y sobre todo, lo que hace falta es que se diga la verdad en todo y que no nos conformemos con la mentira oficial. Que en esto consiste el más triste conformismo.

Todo da la impresión de que se le quiere meter a la nación en callejones sin salida, de que se le quiere comprometer. Y salir luego con esa terrible fórmula de «ya no hay opción». Que es la manera moderna de expresar aquello de «pero si la acierta mal, defenderla y no enmendarla».

«Se puede discutir la justicia o injusticia de una guerra antes de emprenderla; pero después de emprendida y comprometido el honor en ella es antipatriótico discutirla.» Así sinrazonan los del honor de defenderla y no enmendarla. Otros salen con aquello de «¡contra un padre no hay razón!» Y la hay, vaya si la hay, si

el padre está loco o tonto. Y además aquí no se trata de padre. La nación podrá ser nuestra madre; pero el reino no es nuestro padre; no lo es. El reino no nos ha hecho, y nos está deshaciendo.

Y mientras el Gobierno semiprivado, semisecreto y cesariano provoca agresiones de este y del otro lado del Estrecho, menudean grotescas ceremonias, pasillos de «cine», revistas, procesiones, mojigangas y toda clase de mascaradas. Se está convirtiendo a España en un circo.

Y en tanto, nuestros hijos—el que

esto escribe tiene uno prestando servicio militar en Africa—, estando aprendiendo a avergonzarse de tener que ser españoles, se les están desplumando las alas del corazón y van ahondando en la gran mentira del patriotismo oficial del reino, del patriotismo de real orden. Que a l sumo será casticismo. Y ya hoy lo más castizo es mentir. La casticidad española de este 1923—acordémono del 1823 de ¡hace un siglo!—se cifra en la mentira. Y la mentira se llama hoy Responsabilidad y Protección

Miguel DE UNAMUNO

